Globethics Repository



El nacionalismo militar boliviano
[The Bolivian military nationalism]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see https://www.globethics.net. Data and content policy of Globethics Repository see https://repository.globethics.net/pages/policy.

Item Type	Article
Authors	Barrios Morón, J. Raúl
Publisher	Fundación Friedrich Ebert (FES)
Rights	Creative Commons Copyright (CC 2.5)
Download date	2026-11-13 13:05:14
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/221367

Nueva Sociedad Nro. 81 Enero-Febrero 1986, pp. 36-45

El nacionalismo militar boliviano. Elementos para la reformulación estratégica

J. Raúl Barrios Morón

J. Raúl Barrios Morón: Sociólogo boliviano. Miembro del Centro de Estudios de la Patria Grande, Bolivia. Autor de la investigación: "Fuerzas Armadas y Revolución Nacional: la intervención militar norteamericana (1952-1964)" (FLACSO, Bolivia).

Existe en Bolivia una historia militar dominante cuyo carácter represivo y antinacional ha presidido largos ciclos de la historia nacional. Pero existe simultáneamente, una otra historia militar, esporádica y episódica - no menos importante -, donde la participación de la institución castrense estuvo dirigida a tareas de reforma y transformación social. Esta doble conducta militar no tiene explicación.

La vida de las naciones y pueblos oprimidos transcurre en una marcada duplicidad y los antagonismos sociales imprimen con su sello la conciencia y acción de hombres e instituciones. Esta duplicidad antagónica es mayor incluso en el ámbito del propio Estado, y con mucha mayor severidad en su zona de emergencia: las fuerzas armadas. Estas, como dijo René Zavaleta, revelan de un modo intenso lo que de extenso existe en la sociedad[1]. Se concentra en la institución militar toda la forma contradictoria de ser de las naciones y sus pueblos. De ahí que, lejos de que la política quede suprimida en las fuerzas armadas - como bien pretendiera un esquema atrasadamente liberal -, se convierten éstas en el escenario propio de la lucha política. La institución militar contiene, de ese modo, una determinada razón de Estado, por la que está compelida a reproducir la sociedad por vía de la

1 Zavaleta Mercado, René: "El éxito militar radica en el grado de convicción de la gente", entrevista de Carlos Ramírez en: "El militarismo en América Latina", Proceso, México 1980, p. 65-71.

coerción, pero contienen al mismo tiempo la posibilidad de su propia negación: la negación de un orden social basado en la explotación económica, el saqueo nacional y la anulación de las libertades democráticas.
Las líneas que siguen tienen como objetivo explicar en sus elementos más importantes esa otra historia del ejército boliviano: la historia nacionalista, antioligárquica y antimperialista. Su trascendencia histórica no tiene base en la temporalidad de los acontecimientos, sino en la memoria histórica del pueblo que recupera estos episodios como parte de su propia lucha. Breves como fueron en el tiempo, estas experiencias prefiguran, sin embargo, la estrategia del tiempo largo: el tiempo de la revolución e independencia nacional.
Es posible, asimismo, desprender de estos episodios elementos doctrinarios de lo que en su momento debiera constituir un nuevo pensamiento militar, un renovado razonamiento sobre la defensa nacional. En resumen, una nueva doctrina militar boliviana. Sólo en esa dimensión tiene pertinencia el presente ensayo.

Si en algún acontecimiento debe buscarse el origen de la conciencia nacional antioligárquica, este sería la guerra del Chaco. Bolivianos y paraguayos en tres años de lucha fratricida se disputaron una porción inhóspita de territorio. Los primeros veían la guerra, según el presidente Salamanca, como una simple verificación de sus potencialidades nacionales. No otra cosa significan sus palabras de "pisar fuerte en el Chaco", que resumía toda la táctica y estrategia de una "guerra estúpida". Por su parte, los paraguayos asignaban a la guerra un carácter meramente defensivo, aunque paradójicamente, "su sola defensa" les haya permitido ampliar su territorio en cerca de 252.000 Km².

En la guerra del Chaco, el Estado oligárquico boliviano comprueba y desnuda su propia debilidad, pues se trataba de un Estado sin correspondencia demográfica ni geográfica. Surgirán de allí los primeros cuestionamientos severos al orden social cuya base económica era la explotación de indios y mineros. El latifundio y la gran minería, como sustrato del poder oligárquico, comprobaron en la derrota del Chaco su **total fracaso** en la construcción de un Estado nacional moderno. El país no había vivido hasta ese momento un proceso de democratización burguesa que unificara a la nación. La lógica de la acumulación oligárquica tenía un simple sentido externo. Los barones del estaño fueron burgueses en un sentido extranacional del término, pero no eran burgueses hacia dentro, portadores de un proyecto nacional. Realizaban su ganancia en un espacio distinto al de su origen.

La derrota del Chaco tuvo pues la virtud de revelar a los bolivianos las dimensiones reales de un país construido a imagen y semejanza de la minúscula oligarquía que retenía para sí la riqueza nacional. El Chaco es el escenario del gran desengaño liberal, y el inicio de su derrumbe como ideología dominante en la sociedad boliviana. Sus efectos en la conciencia de quienes libraron la guerra como tal, es decir, jóvenes oficiales, suboficiales y tropa obrera y campesina, fueron tan grandes que puede hablarse aquí de la guerra como momento que inicia la desagregación de la sociedad señorial y atrasada y, simultáneamente, **como momento constitutivo de la nación o, al menos, de la guerra como generadora de sus elementos subjetivos.**

Si bien la tragedia del Chaco tuvo una profunda repercusión en toda la sociedad, es en la institución militar que tal hecho asume de veras la modalidad de un Estado que iniciaba su irremediable decadencia, para concluir, luego, con su derrumbe en la revolución nacional de abril de 1952. Es válido decir, entonces, que al término de las hostilidades entre Bolivia y Paraguay, el teatro de la guerra se traslada de los arenales del sudeste hacia el corazón mismo del Estado oligárquico. En este contexto, el ajuste de cuentas por la desacertada conducción político-militar de la guerra es iniciada desde el interior mismo de la institución militar. Los jóvenes oficiales - tenientes y subtenientes -, sobre quienes recayó el mayor peso de la guerra, generaron un cuestionamiento interno que partiendo del análisis de la guerra en sí, concluye en el análisis de la sociedad boliviana, en su crítica a la forma como ésta se había construido y moldeado. La crítica de la guerra remata en una crítica de la sociedad oligárquica misma. Era lógico pensar - por lo menos en términos militares -, que si la guerra transcurrió así, fue porque su frente interno no tenía la capacidad de sostener el esfuerzo militar con posibilidades victoriosas. Como era lógico también que la crítica que hacían estos jóvenes oficiales a la conducción político-militar de la guerra, a los altos mandos, sólo podría concluir en la crítica y negación del mismo Estado oligárquico.

RADEPA Y LOS ORIGENES DEL NACIONALISMO MILITAR

El primer elemento visible de la acción y crítica de esta nueva generación de oficiales fue la creación de una logia militar secreta, denominada "Razón de Patria" (RADEPA). Fundada por oficiales prisioneros de guerra, en Campo Grande, suburbio de Asunción del Paraguay, aglutinó pronto al descontento militar generacional, para rematar luego en su definición ideológica como nacionalista y antioligárquica. Con la organización de esta logia militar secreta, se contravenían en esencia las razones de verticalidad, apoliticismo y disciplina del ejército oligárquico. Este repetía aún dogmas liberales con los que había sido organizado a fines del siglo pasado. Primero franceses, luego prusianos fueron el paradigma de la organización de la institución militar. Armas, uniformes y marchas ostentosas trataban vanamente de reproducir glorias militares de europeos.

La primera incursión directa de RADEPA en la escena política del país se produce como consecuencia de la conspiración antioligárquica de 1943 que encumbra al

mayor Gualberto Villarroel, su más connotado representante, al gobierno. Con un golpe militar perfectamente elaborado y con la participación decisiva de civiles nacionalistas (militantes del Movimiento Nacionalista Revolucionario, MNR) se inició un proceso que aunque carecía de un horizonte histórico claro, asumió medidas moderadamente antioligárquicas. Pero, lo que es más importante, permitió que sectores sociales antes marginados de la vida política del país empezaran a gestar sus propios organismos de representación y aglutinamiento solidario. Se celebra así el Primer Congreso Indígena y se funda la Federación de Mineros de Bolivia. La conspiración nacionalista había creado el espacio propicio para la organización de un nuevo torrente de clases sociales, que no estallaría sino con la insurrección popular de 1952.

El programa de principios de RADEPA ratifica su posición antioligárquica, pero es sobre todo destacable la noción que esta corriente militar tiene respecto de la función del ejército y las características de la defensa nacional. Este es un elemento que cualifica a la logia y revela al mismo tiempo cómo en el interior del ejército oligárquico se iba gestando otro de esencia nacionalista. Además de preparar las reservas en tiempos de paz, ya sea en hombres, armas, materiales, etc., RADEPA decía: *"Vayamos a las fronteras, asegurémoslas y una vez encarado el problema técnico dediquemos al ejército a la función social, a los trabajos de vialidad, comunicación, agricultura, construcciones, control aduanero, etc., a fin de desterrar definitivamente el parasitismo haciéndolo un instrumento de beneficio colectivo"*[2].

Frente a un ejército de casta, cuya única gloria militar fue la punición y la masacre, es decir, el mantenimiento de las condiciones de explotación nacional, RADEPA postulaba que *"conscientes de nuestra misión patriótica, démosle (al ejército) una función técnicosocial y productiva"*[3]. Luego del colgamiento de Villarroel en 1946 por acción de la oligarquía, y la depuración de oficiales nacionalistas de la institución militar, estaba claro que tal papel del ejército sólo se daría como consecuencia y a condición de la modificación misma de la naturaleza del Estado oligárquico. Con todo, estaban presentes allí significativos elementos ideológicos cuya trascendencia se mediría luego con la nueva situación creada a partir del triunfo de la Revolución Nacional.

LA REVOLUCION NACIONAL Y EL EJERCITO PRODUCTOR

Al tiempo de desplazar materialmente de la escena histórica a la vieja oligarquía, mediante la reforma agraria y la nacionalización de minas, la revolución nacional modificó profundamente la naturaleza del poder, y con ello, las propias condiciones de la violencia nacional. La insurrección popular de abril de 1952 había derrotado, desarmado y desmovilizado al ejército de la oligarquía. A partir de este hecho violento se transforman sustancialmente las características militares de la nación, tanto a nivel de su organización como en su reflexión doctrinaria

2 Cnl. Barrero U., Francisco **RADEPA y la Revolución Nacional,** Editora Urquizo Ltda., La Paz, Bolivia 1976, p. 395.
3 Idem., p. 396.

previa. En ese contexto, las milicias de obreros y campesinos emergen como los sujetos portadores de la violencia nacional en su doble relación; una interna, en defensa del proceso revolucionario y sus conquistas, y otra externa, en defensa de la integridad territorial y soberanía nacional. Ambos niveles tenían, empero, un contenido y acción común: la lucha antioligárquica. Las medidas revolucionarias constituían la razón nacional, el núcleo de su posibilidad para poder construir un Estado nacional moderno, por lo que su defensa significaba el sustrato de la defensa nacional como un todo.

Aunque eran esas las nuevas condiciones militares del país, no es menos cierto que el MNR, el partido dirigente de la revolución, recurrió a oficiales nacionalistas, depurados años antes del ejército oligárquico, para mantener ciertos niveles de organización y mando formal del viejo aparato armado, sobre cuya base se intentaría luego la edificación de uno distinto.

En julio de 1953 se reorganizó oficialmente la nueva institución militar. Recae sobre ella, de modo incontrovertido, el denominativo de Ejército de la Revolución Nacional. E1 proceso revolucionario posibilitó que aquella fracción nacionalista del ejército oligárquico, nacida de la tragedia del Chaco, tuviera la oportunidad, dentro de su espacio institucional y profesional, de transformar cualitativamente el ejército, asignándole funciones de trascendencia histórica. Estos oficiales, aunque ya no funcionaban como logia (muchos de ellos se adscriben al MNR), incorporan a la nueva institución aquellos elementos ideológicos que hemos señalado, como el de asignar al ejército funciones sociales y productivas. El contexto revolucionario antioligárquico fue, además, elemento determinante para que tal transformación aconteciera dentro del nuevo ejército, en los términos señalados.

De inicio, el Colegio Militar fue reabierto a fines de 1953, bajo el nombre de "Gualberto Villarroel". Podían ingresar en él alumnos de la más variada extracción popular, aunque esto no fuera garantía para que se produjeran más tarde extrañas depuraciones con las bajas "voluntarias" de alumnos provenientes precisamente de los centros mineros y comunidades campesinas. Con todo, el nuevo Colegio Militar incorpora en sus filas, como no había sucedido nunca antes, a cadetes de origen popular, pretendiéndose con esta medida darle un contenido revolucionario permanente.

Lo que es particularmente notable, en términos de lo que podría ser la base de una doctrina militar nacionalista, fue la idea de **Ejército Productor.** En torno a ella se intentó planificar y desarrollar las tareas del nuevo ejercito. A pocos meses de producirse el triunfo de la revolución, se crea en el Ministerio de Defensa la Dirección General de Estudios y Planificación del Ejército. Dirigía este departamento el coronel Clemente Inofuentes, miembro fundador de RADEPA y quizá, el personaje más importante en este intento renovador del pensamiento militar boliviano. Desde esa instancia se realiza un cuidadoso estudio y análisis de la nueva estructura y orientación que debiera imprimirse a las fuerzas armadas, acorde con la evolución técnico-profesional, y el movimiento político, social y

económico del país. Fruto de ese análisis fue el proyecto "Ley de Defensa Nacional y Organización de las Fuerzas Armadas". De los puntos de tal ley, destaca aquél que menciona la necesidad de *"hacer una realidad el que las Fuerzas Armadas no constituyan un órgano consumidor, sino esencialmente, un órgano productor y coadyuvante a la transformación económica nacional"*[4]. Se pretendía así un ejército ligado estrechamente a los cambios socioeconómicos que se estaban llevado a cabo. A consecuencia de ello se crean las primeras unidades de ingeniería y tropa especial, dotados de las maquinarias y accesorios necesarios para cooperar con el gobierno en planes camineros, construcción de puentes, tareas de colonización, preparación de campos agrícolas, pequeñas industrias, etc. Se infiere de esto que la defensa nacional era concebida como parte de la independencia económica nacional, y en torno a este objetivo debía funcionar con mayor intensidad el nuevo ejército. *"La misión número uno de las fuerzas armadas - decía el Ministro de Defensa general Luis Arteaga - es librar la guerra contra la miseria y contra el hambre del pueblo; la segunda función es la de preparar la defensa del país"*[5].

Es importante, por otra parte, entender que esta nueva función asignada a las fuerzas armadas no tenía simplemente efectos económicos. Su impacto era fundamentalmente político, ya que la institución militar estaba imposibilitada materialmente de ejercer funciones de represión interna, y con esto, su relacionamiento con el resto de la sociedad civil se desarrollaba en el marco de la revolución misma y en el empeño de civiles y militares por desarrollar la nación. Estaban limitadas así las posibilidades de convertirse en entidad corporativa "alejada" de la realidad social y su complejidad. La naturaleza de su nueva función le permitía entender la realidad, no desde una (sesgada) visión estatal, sino, desde una posición productora de riqueza social, con lo que, su conciencia institucional, como la conciencia de los ciudadanos-militares, era reflejo cabal de una sociedad marcada por la miseria y el atraso.

Las condiciones militares después de 1952, tanto a nivel de la violencia popular, cuya expresión fueron las milicias, como la nueva institucionalidad militar, bajo la idea del ejército productor, no estuvieron al margen del desarrollo mismo de la revolución, de sus avances y retrocesos. En efecto, cuando la revolución nacional empieza su etapa de desnaturalización y claudicación, es decir, de domesticamiento a las exigencias norteamericanas, el proceso de independencia económica se frustra y, desde luego, las consecuencias a nivel de la institución militar tienen la misma connotación.

A partir de 1956, cuando ya se había firmado el Código Davenport del petróleo, y se empieza a ejecutar el Plan de Estabilización Monetaria, medidas económicas con las que se inicia el reacomodo nacional a las exigencias imperialistas, se establece un acuerdo de asistencia y ayuda militar entre los gobiernos norteamericano y boliviano. A través de él, la misión militar norteamericana se hacía cargo de la modernización y profesionalización del ejército, nacido en 1953. Los términos del

4 *La Nación*, 9 de abril de 1954.
5 *Diario*, 4 de junio de 1953.

acuerdo incluían el apoyo logístico, dotación de armamento, entrenamiento de oficiales y tropa, y lo que fue determinante, la presencia norteamericana abarcaría la elaboración de la doctrina militar boliviana. Desde ese momento, todos los esfuerzos por concebir la defensa nacional como un acto soberano, son sustituidos por la reflexión estratégica norteamericana y un exacerbado pensamiento anticomunista. Si la Defensa Nacional era concebida inicialmente como parte de un proceso de independencia económica, cuya hipótesis de guerra fundamental era la guerra contra el atraso y la miseria, aquí, se trataba de una concepción de defensa nacional, que reproduciendo un esquema de enfrentamiento bipolar Este-Oeste, asignaba al ejército una función de simple guardián interno. La defensa nacional y la institución militar son despojadas de un razonamiento independiente, y ocupadas al mismo tiempo por un pensamiento extraño a las condiciones estratégicas nacionales.

En este contexto, el ejército productor es transformado en un ejército cuya función básica era la seguridad interna. Los planes de acción cívica y de contrainsurgencia modernizaron al ejército sólo como instrumento de consolidación de las condiciones de la dependencia nacional, al tiempo que las milicias eran paulatina pero sustantivamente desarmadas . La defensa nacional fue vista, así, hacia afuera, dentro del esquema de una supuesta expansión continental comunista, y poco importaba, en esos términos, la defensa nacional como parte de una sociedad que busca su independencia económica y política. El Gral. René Barrientos y su gobierno personifican el remate de todo ese proceso de desnacionalización económica estratégica que vive Bolivia esos años. Sin embargo, la idea del ejército productor no había sido del todo desterrada y pronto afloraría en la conciencia y acción de nuevos militares.

EL PROCESO OVANDO-TORRES Y LA REFORMULACION ESTRATEGICA

La historia de Bolivia se ha definido genéricamente por la forma cómo han sido explotados sus recursos naturales. El manejo de estos es la pauta que permite diferenciar y calificar, en última instancia, una política económica determinada; pero, simultáneamente, una concepción estratégica específica, una particular forma de entender el concepto de defensa nacional, y su misma implementación.

El tema de los recursos naturales mucho más que el de la democracia -, es quizá el eje alrededor del cual, dentro de las mismas fuerzas armadas dirimen contradicciones internas, independientemente de la existencia de un discurso retórico institucional que los englobe como unidad. No podría ser de otra manera por cuanto los países productores de materias primas tienen cifradas sus posibilidades de constituirse como Estados naciones según el destino que le den a su riqueza primaria. Los recursos naturales básicamente los no renovables , son pues en esencia estratégicos, lo mismo para los países productores como para los países consumidores. Y la defensa nacional como concepto global, tiene sus raíces en el resguardo de la propia materialidad nacional que no son sólo los contornos geográficos nacionales, sino, sobre todo, su riqueza interior. Esto es lo que en

último término matiza las discrepancias militares. Es decir, entender la relación entre economía y condiciones estratégicas como la defensa de los recursos naturales o, en su defecto, como la simple lógica del saqueo con argumentos estratégicos (la guerra contra el comunismo), ajenos en extremo a la realidad nacional.

Ocupadas las fuerzas armadas bolivianas, a partir de 1956, con la presencia de la misión militar y aérea norteamericana, además del Servicio Geodésico Interamericano, la guerra contra una supuesta expansión comunista se convirtió en el sustrato de toda la organización, conciencia y acción de los militares. El anticomunismo constituia el meollo de la hipótesis de guerra dominante en la institución armada. Paradójicamente, el supuesto de la defensa de occidente, cristiano y capitalista, justificaba y, aún más, contribuía a enajenar la riqueza natural del suelo boliviano, además de intensificar la explotación del pueblo trabajador. En esas condiciones, las propias bases objetivas y subjetivas de la nación se erosionaban paulatinamente, con lo que el argumento de la defensa nacional, como simple mecanismo de la seguridad hemisférica, nunca fue tan postizo ni artificioso. El saqueo nacional se oficializaba a través de acartonados contratos con empresas privadas extranjeras, mientras los oficiales bolivianos aprendían a defender la patria en Panamá o los Estados Unidos.

Es de este espectro contradictorio y a la muerte del Gral. Barrientos, que emerge nuevamente el nacionalismo militar. El proceso Ovando-Torres, iniciado el 26 de septiembre de 1969, es una muestra contundente de cómo en el interior de las fuerzas armadas conviven dos posiciones y corrientes distintas y antagónicas , cuya cualidad no está definida sólo por concepciones políticas y económicas diferentes, sino, por la forma como estas concepciones tienen un remate respecto a la defensa nacional, vale decir, su connotación a nivel de lo estratégico, que además es la propia razón de la institución castrense.

En el extremo contestatario, el del nacionalismo militar, la respuesta no tiene la rigurosidad ni la sistematicidad de una reflexión acabada. Se trata más bien de un cúmulo de razonamientos, críticas y cuestionamientos, que además de dar continuidad a la idea del ejército productor, avanza hacia posiciones más definidas. El documento central con el que se inicia el proceso militar antimperialista se denomina "Mandato Revolucionario de las Fuerzas Armadas de la Nación". Aunque no se trata del único, están sin embargo allí los argumentos básicos de la corriente patriota del ejército nacional. De ellos, uno fundamental señalaba que la incursión de las FFAA en el control del gobierno, se hacía necesaria por el riesgo que tenía Bolivia de zozobrar ante el sojuzgamiento extranjero, en abierta referencia al modelo económico barrientista. La situación de dependencia nacional es el elemento central a partir del cual se fijaran algunos caracteres y principios de la defensa nacional.

"La existencia de un gobierno que, - decía el Mandato - infiltrado por la rosca e ideológica y prácticamente dependiente de la reacción y la derecha, está descalificado para librar la

batalla nacional contra la aventura terrorista y contra el atraso y la dependencia"[6]. Como primer objetivo del gobierno revolucionario, se señalaba el *"asegurar la soberanía de la Nación sobre las fuentes de producción del país, y en resguardo de ese objetivo, recuperar las riquezas naturales enajenadas en condiciones lesivas al interés nacional"*[7]. Como se ve, el problema del destino de los recursos naturales es de prioritaria importancia para la corriente nacionalista de las FFAA. Acorde con ese objetivo, a los pocos días de iniciado el proceso, se dispone mediante decreto supremo la nacionalización de las concesiones y pertenencias de la Bolivian Gulf Oil Co. En un operativo militar de gran valor simbólico se procede - bajo el comando del Gral. Juan José Torres -, a ocupar las instalaciones de aquella empresa transnacional para su posterior entrega a la empresa estatal Yacimientos Petrolíferos Fiscales de Bolivia (YPFB). Bajo el gobierno del Gral. Torres, que es en realidad una continuidad del proceso iniciado en 1969, se procede, asimismo, a la nacionalización de Mina Matilde, Colas y desmontes (inmensos residuos de más de setenta años de explotación estañífera), concedidas a la empresa norteamericana International Metal Processing Corporation (IMPC).

Estas medidas nacionalizadoras y antiimperialistas que revertían al Estado extensas y ricas zonas mineras e hidrocarburíferas, tenían un profundo significado estratégico, en términos de que la nación estaba siendo así recuperada en su propia materialidad y riqueza, reivindicando de ese modo la posibilidad de aprovechar estos recursos "hacia adentro". La nacionalización es pues más que un problema económico, como aparece visiblemente, un hecho que en el fondo tiene un contenido militar - defensivo. Forma parte de aquella batalla contra el atraso y la miseria. La nacionalización es victoria económica, pero también militar.

El proceso nacionalista permitió, por otra parte, a través de la derogación de leyes represivas que impedían la organización de los trabajadores, la paulatina reconquista de las libertades sindicales y de organización. De esa manera, dos fuerzas son incorporadas en una estrategia de liberación nacional: recursos humanos (pueblo) y recursos naturales.

La recuperación de la riqueza nacional, traducida en términos militares, implica la redefinición del enemigo principal y, desde luego, la ampliación del concepto de agresión. Decía el Gral. Torres: *"el mas serio y brutal enemigo de la democracia se encuentra encuevado dentro de nuestras fronteras y esparcido a lo largo y ancho de una geografía de hambre y miseria"*[8]. La perturbación continental tiene su base - según el nacionalismo militar -, en las desiguales relaciones interamericanas, entre un Estado económico y militarmente poderoso frente a fragmentadas naciones cuyo denominador común es justamente su sujeción a la potencia del norte. En otras palabras, la agresión y la amenaza fundamentales provienen de las mismas relaciones interamericanas. De ahí que el Gral. Ovando decía: estamos en guerra,

6 Lora, Guillermo: **Documentos políticos de Bolivia**, Editorial Los Amigos del Libro, Bolivia 1970, p. 595.
7 Idem., p. 599.
8 Gral. Torres, Juan José: "Defensa Continental: La Revolución y el Desarrollo", discurso pronunciado ante la Junta Interamericana de Defensa JID, noviembre de 1969, Mimeo. p. 5.

"guerra porque poderosos intereses económicos imperialistas, acostumbrados a una explotación impune de nuestros recursos, no han de renunciar a ello sin luchar con la pretensión de que retorne la era del festín"[9]. Para el nacionalismo militar boliviano, *"hoy la lucha se orienta a echar de las fronteras del país a la neocolonia proimperialista que quiere mantenernos bajo una ficción de soberanía expectando la expoliación de nuestros recursos naturales. Ayer fueron el salitre y la goma, hoy todavía son el estaño y el petróleo que conforman el cuadro del asalto que ha sufrido la República"*[10].

A partir de la redefinición del enemigo principal, es decir, el imperialismo y sus agentes internos, se entendió que la explotación y la servidumbre son otras formas de agresión contra el país. La agresión económica es considerada el dato central para diseñar e implementar una estrategia nacional para su rechazo. Para el Gral. Torres, *"no solamente pueden atacarnos por la vía de las armas. La agresión puede ser peor que la agresión bélica. La guerra contra la pobreza es más cruel, más difícil, más dolorosa que cualquier batalla militar. Pueden retirarnos un pedazo de tierra, pero pueden quitarnos el dominio sobre nuestros recursos. Pueden aniquilar cien batallones, pero también pueden condenar a todo el pueblo con el hambre, con la desocupación y la expoliación. La invasión puede ser geográfica, pero también puede ser económica. Debemos aprender a repeler a cualquiera de las dos"*[11].

Como parte sustancial de este intento de reformulación estratégica, de la definición de nuevos contenidos para la defensa nacional, se acuña el concepto de **frontera interior**. Según ésta, la soberanía de un país semicolonial no puede restringirse a las fronteras, a la mera circunscripción geográfica. En la condición de dependencia económica, la integridad territorial debe medirse no sólo en términos de su extensión superficial, sino, según el nacionalismo militar, *"también en volúmenes de riqueza y de recursos naturales en general, y es a esas fronteras interiores que las fuerzas armadas deben llevar igualmente sus esfuerzos"*[12]. La defensa nacional no se agotaba en la mantención en el tiempo de los contornos de la nación, sino, sobre todo, en la defensa de su riqueza interior. En otras palabras, no hay protección real del país si no hay defensa de sus materias primas.

La redefinición del enemigo principal - en términos económicos y estratégicos -, implica, pues, una radical modificación de los contenidos asignados a la defensa nacional. En el fondo, se trataba además de una lógica distinción entre los conceptos que rigen a las fuerzas armadas de un país atrasado y dependiente, y los conceptos que rigen a las fuerzas armadas de una nación imperialista. Surge de allí, la imposibilidad de que estas últimas, a través de sus diversas instancias estratégicas, mundiales y regionales, puedan compatibilizar con las estrategias

9 Gral.Ovando C., Alfredo: "Bolivia no retornará al tiempo del desprecio", Texto Mensaje a la Nación 18 de marzo de 1970, Mimeo.
10 Gral. Torres, Juan José: "La guerra contra el subdesarrollo", en: **El Gral. Torres habla a Bolivia,** Ediciones Crisis, Argentina, 1973, p. 60.
11 Gral. Torres, Juan José: "Soy esencialmente un soldado", en: **El Gral. Torres habla a Bolivia,** Ediciones Crisis, Argentina,1973, p. 95.
12 Gral. Torres, Juan José: "Defensa Continental: la revolución y el desarrollo", discurso pronunciado ante la Junta Interamericana de Defensa JID, noviembre de 1969, Mimeo, p. 13.

nacionales, cuyo objetivo se fundamenta en lograr niveles superiores de bienestar y desarrollo económico.

Redefinido el enemigo principal y ampliado el concepto de agresión, el esquema estratégico bipolar Este-Oeste, dominante en el pensamiento de los militares bolivianos, empieza a resquebrajarse de inmediato. En la medida en que los problemas nacionales, las contradicciones sociales, no tenían su origen en una supuesta expansión comunista, sino en las propias relaciones interamericanas, entre el Norte desarrollado y el Sur atrasado, en las condiciones de pobreza económica nacional, el proceso nacionalista intenta generar espacios distintos de relacionamiento internacional que le permitan salir del cerrado esquema bipolar. El inicio de relaciones diplomáticas con países del área socialista, su incorporación al Movimiento de Países No Alineados, además de la búsqueda de fuentes de financiamiento no tradicionales, son las medidas con las que el gobierno revolucionario intenta romper el encierro bipolar. La política exterior era entendida como un factor de fuerza y un espacio de gran significación para el cumplimiento de los objetivos de desarrollo económico y social. La nueva actitud boliviana se basaba *"en un criterio intransigente de neutralidad activa y de no alineamiento"*[13].

Por otra parte, la noción de enemigo interno, a la que tan frecuentemente se recurrió para justificar acciones represivas contra el movimiento popular y sus organizaciones, al dejar de ser el núcleo de la acción militar, permite una sustancial modificación en la relación de las fuerzas armadas como institución y el pueblo en general. Sobre la base de una política antiimperialista, ambos factores encuentran plena unidad y armonía, y sólo en esos términos es posible hablar de las FFAA como brazo armado del pueblo, como la nación en armas.

Implicaba esto, a su vez, el rompimiento de tradiciones liberales apoliticistas dentro de la organización militar. Decía el Gral. Torres: *"Educadas y aisladas en una concepción romántica del patriotismo, divorciadas de las realidades sociales y económicas del país, las fuerzas armadas no se encontraban preparadas para resistir a la confusión y engaño de profesionales de la política y los demagogos que utilizaban para mantenerse en el poder y conservar a la nación en un estado de sometimiento y dependencia"*[14]. Frente a una concepción liberal de la vida militar, *"no nos amurallaremos - decía el Gral. Torres. No nos quedaremos aislados ni solos. No nos impedirán que miremos hacia afuera. No nos mantendremos ni como espectadores. Participaremos del proceso social, con la misma energía y con la misma decisión que si tuviéramos que combatir un enemigo"*[15].

Estaba claro, el enemigo lo constituían quienes despojaban de su riqueza natural y humana a la patria. Nuestra guerra, la guerra contra el atraso, la miseria, la desocupación, la desnutrición, etc. La guerra contra la dominación extranjera.

13 "Política Internacional de la Revolución", en: Documentos Fundamentales de la Revolución, Ministerio de Información, La Paz, Bolivia, 1970. p. 112.
14 Gral. Torres, Juan José: "Soy esencialmente..." op. cit. p. 93.
15 Gral. Torres, Juan José: "Soy esencialmente..." op. cit. p. 98.

A MANERA DE CONCLUSION

Se ha tratado, en el marco que lo permitió la extensión del ensayo, de precisar algunos de los elementos fundamentales que conforman el pensamiento nacionalista militar boliviano. En él está, sin duda, la base de la reformulación estratégica nacional. Es decir, una renovación en los contenidos de la Defensa Nacional, en la redefinición de enemigos y fuerzas, en el diseño de una estrategia nacional, donde el rol de las fuerzas armadas sea de directa participación en la transformación económica y social del país.

El pensamiento estratégico nacional ha sido ocupado por un razonamiento ajeno al interés nacional, que es lo que se denomina la Doctrina de Seguridad Nacional. Esto no debe, sin embargo, convertirse en un dato inmutable ni en un hecho inalterable. La gestación de ideas renovadoras en materia estratégica dentro de la misma institución castrense, como fue el caso de la logia militar secreta RADEPA, el ejército productor de la revolución nacional, y el proceso Ovando-Torres, denotan con más fuerza la necesidad, por parte del movimiento revolucionario nacional, de la elaboración de un pensamiento estratégico nacional y popular y es precisamente de esa otra historia militar, la historia nacionalizadora, de donde surge - como hemos visto -, la nueva doctrina militar boliviana, cuya base sea la defensa de los recursos humanos y naturales del país. En consecuencia, la doctrina militar que rige la organización, acción y objetivos de la institución militar, constituye un otro espacio de reafirmación nacional soberana o, de manera contraria, la ratificación de la dependencia a intereses neocolonialistas.

Como nos enseñaron los militares nacionalistas, no hay posibilidad de seguridad nacional cuando los recursos naturales son dilapidados y cuando el pueblo es explotado. No hay soberanía política sin soberanía económica, y ambos preceptos constituyen el núcleo de una doctrina militar independiente. Pensar en nuestra defensa nacional debe ser un atributo exclusivamente boliviano y latinoamericano.

No dejemos, pues, que la historia transcurra en vano, y que los esfuerzos de los militares patriotas no sean considerados en el proyecto de la liberación nacional. Tienen cabida en él, como lo ha demostrado la historia, militares comprometidos con los intereses populares. Siguiendo a Fannon, *"los generales de salón a fuerza de frecuentar las antecámaras del poder, sueñan con los pronunciamientos. El único medio de evitarlos es politizar al ejército, es decir, nacionalizarlo"*[16].

16 Fanon, Frantz: Los condenados de la tierra, FCE, México 1964, p. 185.

Referencias

Zavaleta-Mercado, René, EL MILITARISMO EN AMERICA LATINA. p65-75 - México, Proceso. 1980; El éxito militar radica en el grado de convicción de la gente, entrevista de Carlos Ramírez.

Barrero-U., Francisco, RADEPA Y LA REVOLUCION NACIONAL. p395-396 - La Paz, Bolivia, Editora Urquizo Ltda. 1976; Discurso pronunciado ante la Junta Interamericana de Defensa JID.

Anónimo, LA NACION-PRENSA. - y1954; Bolivia no retornará al tiempo del desprecio.

Anónimo, DIARIO-PRENSA. - 1953; La guerra contra el subdesarrollo.

Lora, Guillermo, DOCUMENTOS POLITICOS DE BOLIVIA. p595, 599 - Bolivia, Editorial Los Amigos del Libro. 1970; Soy esencialmente un soldado.

Torres, Juan J., DEFENSA CONTINENTAL: LA REVOLUCION Y EL DESARROLLO. p5 - 1969; Discurso pronunciado ante la Junta Interamericana de Defensa JID. p13.

Ovando-C., Alfredo, MENSAJE A LA NACION. - 1970; Política Internacional de la Revolución.

Torres, Juan J., EL GRAL. TORRES HABLA A BOLIVIA. p60 - Argentina, Ediciones Crisis. 1973;

Torres, Juan J., EL GRAL. TORRES HABLA A BOLIVIA. p93, 95, 98 - Argentina, Ediciones Crisis. 1973;

Torres,Juan J., DEFENSA CONTINENTAL: LA REVOLUCION Y EL DESARROLLO. - 1969;

Anónimo, DOCUMENTOS FUNDAMENTALES DE LA REVOLUCION. p112 - laPaz, Bolivia, Ministerio de Información. 1970;

Fanon, Frantz, LOS CONDENADOS DE LA TIERRA FCE. p185 - México. 1964;